

La noción de “batalla cultural” en el pensamiento anti-igualitario de Agustín Laje

Autor: Jorge Castro Rubel

Pertenencia institucional: Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA) y Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)

Correo electrónico: jorsur77@hotmail.com

Introducción

En los últimos años, en el contexto de un auge de las ideas antiigualitarias en la Argentina, un cierto vocablo se hizo presente aquí y allá en diversas intervenciones públicas realizadas por personificaciones sociales inscriptas en el pensamiento de derecha. Un término de moda. Me refiero a la noción de “batalla cultural”.

Así como Norbert Elías (2000) sospechaba que, a pesar de su reiterado uso, no todas las personas hacen referencia a lo mismo cuando emplean el término “sociedad”, es probable que con relación al concepto de “batalla cultural” esté sucediendo algo parecido.¹

En la medida en que es un término en boga y que, sospecho, se atribuyen diferentes significaciones al mismo, considero relevante comenzar a desentrañar qué entienden por este quienes tan reiteradamente lo usan.

Con base en este supuesto, me propongo en la presente ponencia desentrañar qué entiende por “batalla cultural” el politólogo argentino Agustín Laje, uno de los intelectuales de derecha más renombrados en la Argentina actual, quien repetidamente hace uso de este término. Laje no es, sin embargo, un simple usuario frecuente del concepto “batalla cultural”, sino también un intelectual preocupado por precisar dicha noción. Al respecto, ha dicho que se trata de un término que en los últimos años se popularizó en las diversas corrientes de derecha pero que su empleo corriente no estuvo acompañado de un esfuerzo por definirlo. En su interpretación, este vacío se trata de una “falta teórica” que tiene implicancias en la práctica (Gaucho estudio, 2022). Su interés por subsanar dicha ausencia ha sido tan significativo que dedicó uno de sus últimos libros a problematizar detalladamente la cuestión de la “batalla cultural”.

¹ En relación con el vocablo “sociedad”, Elías (2000) decía lo siguiente: “Toda persona que escucha la palabra “sociedad” sabe a qué se está aludiendo o, al menos, cree saberlo. Una persona transmite esta palabra a otra como se entrega una moneda de valor conocido, cuyo contenido no es necesario examinar. Cuando una persona dice “sociedad” y otra la escucha, ambas se entienden sin más. Pero, ¿nos entendemos realmente?” (p. 17).

En la presente ponencia daré cuenta entonces de qué habla Agustín Laje cuando habla de “batalla cultural”. En esta dirección, apelaré principalmente al análisis de su libro “La batalla cultural. Reflexiones críticas para una nueva derecha”, publicado en 2022, y, en menor medida, al estudio del libro publicado en 2016 junto a quien considera su mentor, Nicolás Márquez, “El libro negro de la nueva izquierda. Ideología de género o subversión cultural”. También se tomará en consideración el documental que lo tiene como protagonista “Querida resistencia”, de 2022.

Definición (básica) de “batalla cultural”

Comenzar a desentrañar qué interpreta Agustín Laje por “batalla cultural” exige en primer lugar señalar que por medio de este concepto hace referencia a un tipo singular de lucha; entendiendo por lucha lo referido por Max Weber, es decir, una relación social en la que una de las partes busca imponer su propia voluntad contra la resistencia de la otra (Weber, 2002).

En este tipo particular de lucha, indica Laje, lo que está en discusión es el contenido de la cultura de una determinada sociedad. Más precisamente, el contenido de aquella dimensión social compuesta por formas de ver y de habitar el mundo.²

Una “batalla cultural” puede comenzar a definirse entonces como un tipo singular de relación social de lucha en la que una de las partes busca establecer en la sociedad ciertas formas de ver el mundo y de habitarlo y la otra se resiste a dicha iniciativa.

Ahora bien, según Laje, este tipo de enfrentamientos se caracteriza también por desarrollarse a través de ciertos medios; aquellos que considera como específicos de la cultura. Por ejemplo, los medios de comunicación tradicionales, las escuelas, las universidades, etcétera. En este sentido, agrega que en una “batalla cultural” los medios de lucha son “idealmente pacíficos” (Laje, 2022, p. 35). Si se apela a otros instrumentos, se trata entonces de un fenómeno diferente. En un reciente documental que lo tiene como protagonista, Laje señala al respecto:

“¿Qué está en juego en una batalla cultural? Bueno, el contenido de esos elementos. Ahora, ¿cómo voy a modificar yo el contenido de esos elementos? No los voy a modificar con un arma, no los voy a modificar con una transacción directa, los voy a modificar a través de los vehículos mismos de

² Laje (2022) incluye en la dimensión cultural a “los valores”, “las costumbres”, “el lenguaje”, “las normas”, “las ideologías” y “las tradiciones”, entre otros elementos (p. 32).

la cultura. ¿Cuáles son esos vehículos? Bueno, otra vez son muchos: escuelas, universidades, medios de comunicación, redes sociales, iglesias, familias, el arte, el cine, la música, las series, la poesía. Hay muchos vehículos de la cultura. Entonces quien domina los vehículos de la cultura domina el armamento pesado con el cual la batalla cultural se lleva adelante” (Gaucho estudio, 2022).

Estos medios de la cultura son denominados también “frentes” de lucha (Gaucho estudio, 2022).

La “batalla cultural” se caracteriza, además, por tratarse de un “conflicto de cierta magnitud”. ¿Pero qué debería entenderse por “conflicto de cierta magnitud”? Con ello, Laje hace referencia a conflictos culturales en los que se disputan cuestiones estructurales relativas a diversos ámbitos de la vida social. Según propone, un ejemplo de este tipo de lucha sería aquella disputa que se desarrolla alrededor de qué características principales debería tener una familia para ser considerada como tal en la actualidad.

Si en una lucha cultural no está en disputa algo de importancia estructural respecto de uno u otro aspecto de la vida social, entonces no se trata de una “batalla cultural” en la perspectiva de Laje. Sobre este punto, señala:

“La segunda característica, en suma, de toda batalla cultural, es la presencia de un conflicto cultural de magnitud, bajo el cual lo que está en juego no es el mero reajuste, sino el cambio cultural significativo. Los conflictos culturales ordinarios pueden generar tensiones, pero nunca batallas. En una batalla existe la sensación de que efectivamente se está desarrollando un combate por la cultura y de que, en otras palabras, en una batalla no se disputan pequeñeces, sino cosas relevantes” (Laje, 2002, p. 37).

Es también característico de una “batalla cultural” el hecho de que la actividad confrontativa sea desplegada con conciencia y racionalidad. Los enfrentamientos de este tipo requieren, según Laje, “una cierta organización de la acción individual y colectiva, una cierta planificación y dirección consciente de lo que ha de hacerse si se pretende ganar” (Laje, 2022, p. 37). Si no se da una actividad consciente y racional en al menos una de las partes del conflicto, este no adquiere el rango de “batalla cultural” y debe considerarse, según sus palabras, una “escaramuza”.

Según Laje, el fundamento por el cual los humanos traban relaciones de lucha como son las “batallas culturales” se encuentra en que la cultura, además de ser una construcción humana, es un elemento estructurante del comportamiento humano. En tal sentido, dar “batallas culturales” es dar luchas por influir en la conducta humana. La cultura es entonces una herramienta de poder que no se puede despreciar al momento de pretender incidir en los demás. Como la toma de conciencia sobre este poder de la cultura no es patrimonio exclusivo de una determinada personificación social, surgen las luchas por delinear los contenidos de dicha dimensión social. En sus palabras, “lanzarse a combatir por definir los contenidos concretos de esa creación significa lanzar a batallar por el control de las condiciones de la acción y de la vida de los demás (Laje, 2022, p. 42).

Aunque el poder que concita la cultura es muy grande, este no siempre es fácilmente observable debido a sus propias formas de materialización, agrega el autor. En tal sentido, “quien maneja la cultura tiene una ventaja que es que su poder no se nota, su poder es divertido, su poder aparece en Netflix, su poder está contenido en un muñequito de Disney, en una caricatura de Nickelodeon, su poder está contenido en una biblioteca, ya no en un arma, ya no en un fajo de dólares, está contenido en productos inofensivos que enmarcan nuestra vida cotidiana” (Gaucho estudio, 2022).

Por otra parte, en contraposición de lo que podría creerse, las “batallas culturales” son según Laje realidades sociales que nacieron en una determinada época. Antes de esa época, no puede hablarse de enfrentamientos de este tipo. ¿Cuál es ese momento en el que nacieron las “batallas culturales”? Bueno, de acuerdo con Laje, estas surgieron a partir de la modernidad. Son entonces realidades modernas.

En el esquema analítico de Laje (2022), una condición de posibilidad de las batallas culturales es lo que denomina “pluralismo cultural”, es decir, cuando en la sociedad existe una “fragmentación cultural” (p.117). Dicha realidad, la “fragmentación”, es producto de “fenómenos modernos como la industrialización, la urbanización, el crecimiento demográfico, la evolución técnica de los medios de comunicación, etcétera” (Laje, 2022. P. 117). Esta pluralidad en el campo de los sentidos es también resultado, agrega Laje, del proceso de secularización que ya se venía dando. Sin la referida “fragmentación” que se da en la modernidad no están dadas las condiciones de posibilidad de las “batallas culturales”.

La Ilustración fue, en este sentido, la primera gran “batalla cultural” de la historia de la humanidad. No fue en su perspectiva un proyecto exclusivamente filosófico sino, además, un movimiento orientado a la “batalla cultural” en la medida en que pretendió educar a

los gobernantes y a las poblaciones en una nueva cosmovisión opuesta a la tradicional. En su “batalla cultural” contra la cosmovisión tradicional, quienes participaron de este movimiento apelaron al uso del Estado en la dirección de instalar en las poblaciones estas nuevas visiones. Esto dio origen al llamado por Laje (2022) “Estado docente” (p. 125).

Los intelectuales en la “batalla cultural”

Interviene en las “batallas culturales” una personificación social singular que resulta determinante en las mismas. Esta personificación social es -según Laje- el intelectual. Su participación resulta tan decisiva en este tipo de enfrentamientos que no puede hablarse de “batallas culturales” cuando no están presentes. ¿Por qué? Porque son ellos quienes aportan la conciencia requerida para que un enfrentamiento cultural adquiriera el rango de “batalla cultural”. Esto, sin embargo, no debe llevar a pensar en que las “batallas culturales” son desarrolladas exclusivamente por los intelectuales. En estas participan tanto los intelectuales como así también otras personificaciones sociales. Por el contrario, con la mencionada afirmación, Laje busca solamente determinar la relevancia que tienen los intelectuales en este tipo singular de enfrentamientos sociales.

¿Pero qué es exactamente un intelectual para este autor? Es alguien cuya función social consiste en intervenir en la cultura de una sociedad procurando reafirmar sus rasgos característicos o buscando su transformación, en la dirección de imponer nuevas visiones del mundo y formas de sociedad. En palabras de Laje (2022), la actividad de los intelectuales “tiene que ver con la conducción de procesos hegemónicos o contrahegemónicos” (p. 142).

Se trata de alguien que tiene cosas para decir -en términos normativos- respecto de su sociedad. Por eso, el intelectual desarrolla un tipo de actividad fuertemente ligada al conflicto. Manifestarse públicamente a favor o en contra de algo o de alguien lo deja siempre a las puertas de una batalla cultural.³

Para intervenir eficientemente en la cultura de una sociedad, los intelectuales deben poseer un conjunto de saberes y recursos pertinentes. Sin estos, su actividad específica resulta ineficaz. Por ejemplo, un intelectual que posee una cantidad significativa de conocimientos en relación con un tema particular pero que no es un hábil comunicador

³ Laje menciona a Gramsci al momento de definir qué es un intelectual. No obstante, su propia interpretación de la figura del intelectual tiene diferencias con la expresada por el autor y activista italiano respecto de este tema (Gramsci, 2000). La función social que Laje le atribuye a la figura del intelectual es mucho más acotada que la que le imputa Gramsci.

de dichos conocimientos realiza intervenciones culturales irrelevantes. Ser un comunicador competente de lo que se pretende transmitir es, entre otros, un recurso indispensable que debe tener todo intelectual.

Los intelectuales son también definidos por Laje como líderes culturales. Se trata, no obstante, de un tipo singular de líder cultural. Son líderes culturales intelectuales aquellos que manejan conocimientos abstractos. El autor identifica otros tipos de líderes culturales que no deben ser considerados como líderes culturales intelectuales. Estos son, por ejemplo, los músicos, los actores, los deportistas, etcétera.

Según su interpretación, es preciso diferenciar al intelectual del técnico. Este último, del mismo modo que el intelectual, trabaja con su intelecto. Sin embargo, su intervención en la sociedad no es de tipo normativo sino práctico. Refiere al ser y no al deber ser.

Otra diferenciación que propone es la que establece entre el intelectual y el político. Destaca que se trata de dos personificaciones sociales diferentes. A pesar de esta diferencia, Laje entiende que entre los intelectuales y los políticos ha existido históricamente una fuerte vinculación. Los primeros necesitan de los políticos para que se implementen sus ideales, entiende este autor, mientras que los segundo precisan -en la actividad política moderna- de la legitimidad que puede proveerles los intelectuales. En la exclusión de los técnicos y de los políticos del grupo de los intelectuales hay una clara diferencia con respecto al modo de interpretar a los intelectuales realizada por Gramsci (2000), en la medida en que este último incluyó a los políticos y a los técnicos entre los intelectuales.

En el marco de las batallas culturales, señala Laje, no todos los intelectuales realizan las mismas tareas. Según las tareas específicas que realizan, los intelectuales pueden clasificarse en tres tipos diferentes.⁴ Esta clasificación la realiza a partir de dos dimensiones, a saber, el grado de innovación que presenta la producción de tal o cual intelectual y la amplitud del público al que llega su mensaje. Cuanto más innovadora es la producción resulta más abstracta y, por lo tanto, el público al que llega es menor.

El primer tipo es el intelectual al que denomina “de primer grado”. Es una clase de intelectual escasa en la sociedad. Su producción es original en grado superlativo y es un

⁴ Con respecto a esta forma de clasificar a los intelectuales puede decirse que -al menos- está inspirada en la clasificación que realizó Gramsci (2000) sobre esta personificación social. Sobre esta cuestión, dijo Gramsci (2000): “(...) la actividad intelectual debe ser distinguida en grados también desde el punto de vista intrínseco, grados que en los momentos de extrema oposición dan una verdadera diferencia cualitativa: en el más alto grado se colocarán los creadores de las diversas ciencias, de la filosofía, del arte, etc.; en el nivel más bajo, los más humildes “administradores” y divulgadores de la riqueza intelectual ya existente, tradicional, acumulada” (p.17).

referente en su campo de trabajo. Usualmente, estos son filósofos o científicos. Son los más innovadores, pero a la vez los que tienen un público más acotado. A continuación, se encuentran los intelectuales “de segundo grado”. Los tipos ideales de esta segunda clase son los docentes universitarios, quienes trabajan con el material aportado por los intelectuales de primer grado. Se ocupan de adaptarlo, simplificarlo y difundirlo en los ambientes universitarios. Son también parte de este tipo de intelectuales los investigadores científicos que siguen líneas de trabajo inauguradas por otros. Por último, se encuentran los intelectuales “de tercer grado”. Su principal subfunción o tarea al interior de la batalla cultural consiste en difundir entre un público más amplio la producción realizada por los otros dos tipos de intelectuales. Como se puede prever, estos intelectuales no se caracterizan por la innovación sino por la amplitud del público al que apuntan sus mensajes. Para lograr una amplia recepción, es preciso que su mensaje sea más simple que los otros. Ejemplos de este tipo de intelectual lo constituyen los periodistas, los analistas, los escritores y los conferencistas, entre otros.⁵

Como se señaló, cada tipo diferente de intelectual cumple una subfunción distinta en la “batalla cultural”. Sin embargo, esto no debe confundirse con la importancia que cada uno tiene en la misma. En tal sentido, sería un error creer que los intelectuales de primer grado son más importantes que los de tercer grado, en la medida en que unos se caracterizan por ser innovadores, creativos, y los otros no. De hecho, le interesa remarcar a Laje que todos son igual de importantes en las “batallas culturales”, todos son igualmente necesarios para incidir en la cultura de una sociedad.

El comportamiento de las izquierdas y las derechas en la “batalla cultural”

Tal como se mencionó más arriba, según el esquema propuesto por Agustín Laje, en las batallas culturales se enfrentan dos contendientes, dos partes, que buscan instalar su propia impronta en la cultura de una sociedad. Por tal razón, existen en estas batallas acciones de ataque y defensa. Puede ubicarse en este campo de acción, siguiendo las palabras de Weber (2002) respecto de las luchas, iniciativas orientadas a imponer cierta voluntad y acciones encaminadas a resistirlas.

⁵ El discurso propio de los intelectuales de tercer grado, aunque es mucho más simple que el de los intelectuales de primer y segundo grado, aún encierra cierta complejidad que limita la amplitud del público al que llega. En la dirección de que cierto contenido llegue a un público todavía mayor el discurso debe sufrir nuevas modificaciones. En esta dirección, entiende Laje (2022), este debe “banalizarse” (p. 151). A su cargo, están los ídolos populares, la farándula y diversos entrenadores mediáticos, señala.

A lo largo de la historia, señala el autor, los antagonistas de las batallas culturales, así como de otras luchas sociales, han sido denominados -según su heterogeneidad- de diferentes modos. A modo de ejemplo, ha mencionado a republicanos y monárquicos, individualistas y colectivistas, planificadores y libremercadistas y a federales y unitarios. Desde la Revolución francesa, señala, las diferentes posiciones en las luchas pasaron a denominarse mediante etiquetas más abstractas y, por lo tanto, empleables en una heterogeneidad de situaciones mucho mayor. Dichas etiquetas son, previsiblemente, “izquierda” y “derecha”.

En sus palabras:

“La dicotomía izquierda/derecha, que, como he mostrado, es muy anterior a su sentido político, ha trascendido sin embargo toda particularidad contextual y se ha postulado como el reflejo de la fragmentación democrática moderna. Las fragmentaciones pueden tomar nombres particulares, pero el nombre más abstracto de la fragmentación es izquierda/derecha” (Laje, 2022, p. 375).

De “izquierda” y de “derecha” son en el esquema de Laje los antagonistas de las batallas culturales. En este campo de acción, cada una de estas posiciones ha tenido un comportamiento dispar según este autor; comportamiento que es preciso describir. Pero antes de dar cuenta de cuál es la evaluación que realiza Laje para cada caso, es preciso dar cuenta de qué es lo que entiende por izquierda y por derecha en la medida en que no existe unanimidad al respecto.

¿Qué significa entonces ser de “izquierda” y qué de “derecha”?

A pesar de la heterogeneidad de posiciones que pueden incluirse bajo una u otra etiqueta, el autor señala que existe algo en común en ellas que permite clasificarlas bajo el mismo nombre. Es decir, existe algo en común entre las posiciones que si incluyen en la izquierda que se diferencia de algo que hay en común entre quienes pueden clasificarse de derecha. No hay consenso, destaca acertadamente Laje, respecto de qué es ese algo en común que las distingue a las diferentes posiciones como de izquierda y de derecha. En la diversidad de acepciones, él propone una definición acerca de qué significa ser de izquierda y qué de derecha.

Tomando en cuenta los señalamientos realizados por el filósofo español Gustavo Bueno sobre este tema, Laje señala que las posiciones de izquierda, en oposición a las de derecha, se caracterizan por aproximarse a las sociedades realmente existentes con la intención de

analizarlas críticamente e intentar reorganizarlas. Deconstruir y reconstruir son objetivos propios de la izquierda, entiende. ¿Por qué la izquierda tiene esta voluntad? Pues porque observa casi obsesivamente que toda relación social que implique diferentes roles puede desembocar en una relación social de desigualdad opresiva. Quienes son de derecha se caracterizan contrariamente por aceptar la realidad social tal y como se presenta. Para quienes puede ubicarse como parte de esta cosmovisión los roles sociales diferenciales no necesariamente conllevan el riesgo de la opresión. Con base en esta convicción, aceptan con naturalidad las relaciones sociales en las que existan roles diferentes y no se proponen tareas de denomina como “ingeniería social” (Laje, 2022). Por el contrario, procuran la armonía de las relaciones sociales en las que existen roles diferentes.

Como se mencionó más arriba, de acuerdo con su diagnóstico, Laje entiende que la izquierda y la derecha no han tenido el mismo comportamiento en lo relativo a las batallas culturales.

En esta línea, sostiene que en la pluralidad de las corrientes de derecha ha existido históricamente desinterés respecto de la “batalla cultural”. Atribuye a la derecha lo que podría denominarse una cierta desidia al respecto. Por este camino, desestima todo el esfuerzo realizado por estas corrientes en relación con este punto a lo largo de los años. Esfuerzo, sin dudas, que debería considerarse constante y vigoroso, y que solamente puede desestimarse desde su desconocimiento o a partir de su comparación con unas muy robustas expectativas. A contramano de muchos, Agustín Laje se define sin tapujos como un intelectual de derecha.⁶ Y, como tal, se lamenta en relación con los resultados que arroja su diagnóstico respecto del comportamiento de las corrientes de derecha en las “batallas culturales”.

En su análisis, esta historia de desidia es atribuida principalmente a dos causas, a las que coherentemente califica como “patologías”: el “economicismo” y el “religiosismo” (Laje, 2022).

Por la primera patología, las derechas tienden a considerar que la conflictividad se reduce exclusivamente a cuestiones de orden económico. En consecuencia, las derechas atrapadas por el “economicismo”, cuando han intervenido en “batallas culturales”, lo han hecho exclusivamente en relación con temas económicos. En esta línea, “(...) dar una batalla cultural se convierte sencillamente en un esfuerzo para explicarle a la sociedad

⁶ Actitud que entiende no es común en quienes son de derecha. Por el contrario, observa que quienes efectivamente se sienten de derecha en ocasiones se avergüenzan de su identidad y no la proclaman abiertamente. Incluso, señala que hay quienes llegan a presentarse públicamente como de centroizquierda.

que el capitalismo de libre mercado funciona mejor que el socialismo y que el Estado interventor. La batalla cultural se asemeja así a una gran clase de economía” (Laje, 2022, p. 459). Esta práctica es en su evaluación sumamente necesaria; el problema es que según su mirada es insuficiente, puesto que la “batalla cultural” debe desarrollarse considerando también otros tópicos. En esta misma línea, señala respecto de una de las corrientes de derechas, el libertarismo:

“Allí donde la variable económica no aparece con claridad dominando la índole del discurso, la regla general es el silencio o un balbuceo inconducente (y, en el peor de los casos, la aceptación acrítica de las propuestas progresistas en lo que es un desplazamiento hacia las izquierdas, que es lo que define precisamente al libertarismo progresista)” (Laje, 2022, p. 459).

Dicho sea de paso, el “economicismo” es una patología que también ha sido padecida, según Laje, por el marxismo.

Con respecto al “religiosismo”, Laje entiende que se trata de una patología que consiste en observar la sociedad a través del prisma religioso y en interpretar que frente a las diferencias que se tienen ante la misma quedan solamente dos caminos, a saber, la resignación y el rezo en el templo; excluyéndose de esta manera cualquier intervención en el ámbito público.

El “religiosismo”, en tanto patología, afecta según Laje principalmente a tres corrientes de derechas, al conservadorismo, el tradicionalismo y el patriotismo.

Más allá de la importancia que han tenido -y tienen- estas y otras denominadas patologías en tanto obstáculos, Laje destaca que en la actualidad son muchos quienes en las derechas entienden lo necesario que resulta su participación en las “batallas culturales” y que consecuentemente las practican.

Una elevada participación de la derecha en esta clase de enfrentamientos en la actualidad es indiscutible. Por tal razón, es sumamente sencillo encontrar ejemplos de ello. Entre tantos, puede referirse la activa intervención que realiza el actual presidente argentino,

Javier Milei, en redes sociales, medios de comunicación tradicionales y mediante la publicación de libros, exponiendo abiertamente sus ideas respecto de diversos puntos.⁷

Si para Laje el interés de la derecha por la “batalla cultural” es más bien reciente, el autor entiende que otra ha sido la historia de la izquierda respecto de esta cuestión.

Según sostuvo en “Querida resistencia”, de 2022, la diferencia es en este terreno tan grande entre la izquierda y la derecha que, considera, la primera le lleva a la segunda “casi un siglo de ventaja”.

En esta línea, considera que ya en las primeras décadas del siglo XX el marxismo comienza a interesarse por la dimensión cultural.

En un contexto de frustraciones luego del éxito de la Revolución Rusa de 1917 -ubica-, cuando la izquierda se encontraba estancada en su actividad orientada a expandirse y concretar nuevas revoluciones, surgió en el marxismo lo que denomina “giro culturalista”, entendiendo por tal al “creciente interés que adquieren para los teóricos las variables culturales, tanto para sus estudios más abstractos como para la conducción concreta de la práctica política” (Laje, 2022, p. 419). Este “giro culturalista” era entonces el resultado de una serie de fracasos históricos y de la necesidad que detectaba el marxismo de revisar algunos de sus supuestos en la dirección de concretar más revoluciones socialistas. Siguiendo el argumento, puede decirse que luchar eficientemente por el socialismo pasó a significar para ciertos marxistas valorar más la cuestión cultural.

El impulsor y uno de los principales autores de este “giro culturalista” fue, según el análisis de Laje, el pensador y activista italiano Antonio Gramsci (1891-1937). Para Gramsci, entiende Laje, hacer una revolución socialista supone indefectiblemente desarrollar una “batalla cultural” contra la burguesía. Sin este tipo de lucha es imposible pensar en transformar radicalmente la sociedad. Sobre este punto, señala: “La importancia de la batalla cultural es a esta altura harto evidente en Gramsci, toda vez que la revolución puede y debe darse a un nivel cultural” (Márquez y Laje, 2016, p. 35).

A pesar de las obvias diferencias que existen entre el pensamiento de uno y de otro, Laje reconoce la relevancia de la producción teórica realizada por el marxista italiano. Ese es el tono que domina el abordaje de Gramsci.

⁷ No obstante, corresponde señalar que también resulta muy simple encontrar ejemplos de la participación de las derechas en estas luchas en el pasado, en la medida en que su intervención en este campo de actividad no es -como ya he dicho en oposición a Laje- algo verdaderamente reciente.

Otros pensadores marxistas que siguieron el camino de Gramsci, según Laje, son Louis Althusser (1918-1990), Theodor Adorno (1903-1969), Marx Horkheimer (1895-1973), Jean Paul Sartre (1905-1980) y Herbert Marcuse (1898-1979).

A partir del Mayo francés, aquellas históricas protestas protagonizadas por el movimiento estudiantil y obrero contra el gobierno de Charles De Gaulle, en 1968, señala Laje, la izquierda adoptó la lucha por la cultura como el centro de su accionar. A partir de ese momento, la izquierda no solamente prestó una gran atención a la dimensión cultural, sino que la transformó en la cuestión fundamental de su lucha relegando otras, entiende Laje.

Partiendo de una concepción errónea sobre el significado de la lucha de clases, en la medida en que la asimila a la lucha económica, Laje señala que al hacer de la “batalla cultural” su actividad principal la izquierda abandonó este tipo de enfrentamientos.⁸

Esta “suerte de cambio estratégico” (Laje, 2022, p. 398) que se dio hacia finales de la década de 1960 persiste hasta la actualidad y caracteriza a las izquierdas contemporáneas. Luego del Mayo francés, estas abandonaron otras prácticas y se focalizaron en destruir la cultura heredada y en imponer una nueva. Y en esta dirección, la izquierda contó, según Laje, con un hasta entonces impensado aliado, los “grandes capitales internacionales interesados en financiar estos procesos de disolución cultural” (Laje, 2022, p. 412).

Después de muchos años, su constante actividad redundó, entiende Laje, en su triunfo ante la derecha, estableciéndose así una hegemonía cultural de la izquierda.

Consideraciones finales

En la última década y media, Agustín Laje desarrolló una intensa actividad en el plano de la cultura que, siguiendo sus propios parámetros, puede ubicarse como parte de una prolongada “batalla cultural” que viene librándose desde hace mucho tiempo entre la izquierda y la derecha alrededor de diversos temas. Casi en paralelo, según sus propias palabras registradas en el documental “Querida resistencia”, de 2022, surgió su interés por elaborar y publicar una serie de reflexiones alrededor de la cuestión que denominó “batalla cultural”. ¿Por qué? Según sostuvo en el referido documental, porque a pesar de que observaba que su uso era creciente en las derechas había -al mismo tiempo- un

⁸ Si se sigue la conceptualización realizada por Engels (2009), la lucha de clases se desarrolla en tres direcciones diferentes, a saber, la cultural, la económica y la política. La lucha económica no es más que una de las dimensiones de la lucha de clases. En ocasiones, puede ser la dimensión que mayor desarrollo tenga. Sin embargo, las clases nunca luchan solamente alrededor de esta cuestión. Estas luchan también por controlar el aparato estatal y la cultura.

profundo desconocimiento en estas corrientes acerca de qué significaban las “batallas culturales”. Esto, según su entender, las colocaba en un lugar de debilidad ante las izquierdas. Debilidad que se propuso superar. Porque para enfrentar a la izquierda y a lo que entiende como su proyecto de disolución cultural no es suficiente con dar luchas. Lo indispensable es dar luchas liberados de toda fragilidad conceptual. En consecuencia, lo que motivó sus reflexiones sobre la “batalla cultural” fue realizar un aporte a la línea de pensamiento propia. Esto se explica porque, según dijo en el documental referido, no pretende ser un “escritor neutral”.

Si bien no puede descartarse que las reflexiones sobre la “batalla cultural” contribuyan en algún sentido a cumplir con el objetivo que las motivó, no es posible sostener que las mismas signifiquen un aporte al mundo de las Ciencias Sociales. Explícitamente, al menos, se sabe que este no era el objetivo perseguido por Laje.

Puede observarse que los criterios mencionados por Laje para definir qué significa una “batalla cultural” son problemáticos. En esta línea, el mismo autor entiende que las luchas respecto de los contenidos de una cultura pueden darse por diferentes medios. Sin embargo, según su razonamiento, son “batallas culturales” solamente aquellas que se dan a través de una serie de medios que considera específicos de la cultura. Dicho esto, uno podría -sin más- preguntarse cuál sería el aporte de contar con un concepto que considera a un conjunto acotado de medios de lucha, dejando por fuera a otros. Máxime, cuando de lo que se trata es de estudiar luchas dirigidas a incidir en el contenido de las culturas. ¿Qué pasaría, por ejemplo, si en una confrontación cultural se desarrollaran acciones de propaganda armada? Todo parece indicar que en la medida en que puede haber violencia física no se estaría ante una “batalla cultural”, más allá de que se estén disputando así visiones del mundo. Asimismo, no queda claro cuál sería el criterio para definir si un medio determinado es propio de la cultura. Sería realmente muy complejo ponerse de acuerdo en cuáles sí y cuáles no.

Pueden también calificarse como problemático el criterio aquel por el cual se toman en cuenta sólo los enfrentamientos de “magnitud”, entendiendo por estos a aquellos conflictos donde se ponen en juego cuestiones estructurales. Quizás sea posible considerar que aquellos conflictos donde se discuten cuestiones estructurales tienen mayor relevancia social que las luchas en las que no se disputan cuestiones de esa naturaleza. Sin embargo, estas últimas siguen teniendo importancia social y sería oportuno considerarlos. Por lo tanto, la exclusión conceptual de estos últimos resulta innecesaria. Y, nuevamente, no resultaría tampoco aquí sencillo realizar la distinción entre

conflictos de “magnitud” y el resto. Un riesgo que se corre por este camino es confundir conflictos que objetivamente implican cambios estructurales con conflictos que resultan relevantes para el observador.

También resulta problemático el criterio según el cual solamente los conflictos en los que la actividad confrontativa se da con consciencia y racionalidad deben considerarse como “batallas culturales”. Uno podría preguntarse cómo podría determinarse objetivamente si en tal o cual enfrentamiento se alcanzan los mínimos suficientes de consciencia y racionalidad como para que este pueda ser catalogado como “batalla cultural”. ¿Los que no la alcanzarían no tendrían relevancia?

Por otro lado, su abordaje de los intelectuales como personificación social carece de originalidad. Si bien propone alguna diferencia respecto de la elaboración presentada por Gramsci muchas décadas antes, ya se vio que -como mínimo- está inspirada fuertemente por el teórico y militante italiano.

También por fuera de lo que se evaluó como definición básica de la noción de “batalla cultural”, se ubicó la cuestión del comportamiento de la izquierda y la derecha en estas luchas. En relación con esto, se observan también problemas. Por un lado, está la forma en que Laje define izquierda y derecha. Todo parece indicar que su aproximación busca presentar de un modo negativo qué significa ser de izquierda y de una manera contraria qué significa ser de derecha más que analizar qué define a una y a otra actitud. ¿Por qué? Pues porque para él la izquierda no es aquella posición contraria a la desigualdad sino aquella línea que ante las diferencias sociales existentes se manifiesta casi obsesivamente preocupada por eliminarlas en tanto que las entiende como posibles opresiones. La derecha, por el contrario, es presentada como aquella actitud razonable y madura ante la realidad social. Una segunda cuestión para ponderar es la conclusión que presenta respecto del desempeño de una y otra actitud ante la “batalla cultural”.

Resulta infundado su diagnóstico que atribuye desinterés a la derecha respecto de la “batalla cultural”. Puede calificarse también así su apreciación respecto de que existe en la actualidad una hegemonía cultural de la izquierda. La simple observación de la realidad da cuenta que la derecha se ha demostrado activa en este campo de lucha. También salta a la vista que su participación ha sido efectiva, pues es difícil discutir la hegemonía de esta en la actualidad. El establecimiento en algunos países de lo que se ha llamado “matrimonio igualitario”, por caso, no puede considerarse como indicador de una hegemonía de izquierda. Eso sería un despropósito.

En suma, si bien no sería descabellado pensar que su elaboración respecto de la cuestión de la “batalla cultural” signifique una contribución -en algún sentido- a las corrientes con las que se identifica, contribución que nunca se pretendió ubicar aquí, sus reflexiones no pueden considerarse de este modo en relación con las Ciencias Sociales.

Referencias bibliográficas

- Eagleton, T. (2017). *Cultura*. Taurus.
- Elías, N. (2000). *La sociedad de los individuos*. Península.
- Engels, F. (2009). Prefacio a *Las guerras campesinas en Alemania*. www.marxists.org
- Gaucho estudio. (2022). *Querida resistencia* [Película]. Gaucho estudio.
- Gramsci, A. (2000). *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Nueva Visión.
- Laje, A. (2022). *La batalla cultural. Reflexiones críticas para una nueva derecha*. Harper Collins México.
- Márquez, N. y Laje, A. (2016). *El libro negro de la nueva izquierda. Ideología de género o subversión cultural*. Grupo Unión.
- Weber, M. (2002). *Economía y Sociedad*. Fondo de Cultura Económica.